

ADVERSUS QUINQUE HAERESSES, SEU CONTRA QUINQUE HOSTIUM GENERA, TRACTATUS. (C,G,S)*

ADVERTENCIA EN EL SERMON SUBSIGUIENTE.

El tratado contra las cinco herejías, que Erasmo, un hombre ciertamente erudito, agudo y elocuente, consideró no obstante que no era de Agustín, a menos que, dice, lo hubiera escrito siendo joven, es adjudicado sin vacilación a Agustín por los de Lovaina y Bellarmino, entre otros, basándose en la autoridad de Beda, quien cita ciertas partes de los capítulos cuarto y quinto de este mismo tratado en el primer capítulo de la Epístola de Pablo a los Romanos. De hecho, estas palabras citadas bajo el nombre de Agustín se encuentran no solo en la colección más amplia de Beda, que en realidad es de Floro de Lyon, sino también en otra colección más breve de Beda sobre Pablo, que aún no ha sido publicada. Sin embargo, este sermón se pronunció en un tiempo en que África estaba bajo el dominio de los arrianos, cuando ya los pastores ortodoxos, algunos exiliados o en fuga, otros muertos, eran acosados por los herejes, quienes intentaban corromper a los católicos con disputas, dádivas o dinero. En el capítulo 6, dice: "¿Dónde están, fuentes de lágrimas? ¿A qué agricultores hablo? Unos han muerto, otros han sido expulsados". Y en el capítulo 7: "El arriano se opone, clama, litiga, lucha, reúne multitudes, combate contra Cristo. Él derramó su sangre para redimir; este esparce dinero para destruir". Se leen cosas similares en el sermón 2 a los Catecúmenos, n. 24, y en el sermón sobre el Tiempo bárbaro, n. 10; que observamos en el tomo sexto, coinciden con el tiempo de la persecución vándala suscitada después de la muerte de Agustín. Además, la dicción no es lo suficientemente precisa ni tan seria como suele ser la de Agustín. Por ejemplo, en el capítulo 3, enseña que Dios Padre tuvo la buena voluntad de una esposa para engendrar al Hijo. A esto, lo que Agustín escribió contra los donatistas, el autor lo aplica a los arrianos, capítulo 6: "¿Por qué litigamos? Si tenemos una sola herencia, poseámosla juntos, somos hermanos", etc. Creemos, por tanto, que Beda aquí, al igual que en la supuesta Colación con Pascencio, que rechazamos en el apéndice del segundo tomo, fue engañado por el error de los antiguos códices que asignan este tratado a Agustín. Hincmaro menciona este libro en su obra sobre la no triple Deidad, y porque estas palabras del capítulo 7 eran muy incómodas para su opinión preconcebida: "Gracias a ti, verdadera y única Trinidad, única y triple Verdad, triple y única Unidad", allí argumenta extensamente, desde la página 450 a la 464, que fueron insertadas por algún falsario e impostor. Bellarmino dice que está anotado en el Índice de Possidio, en el que publicó interpolado Juan Ulimmerius: pero en ninguno de los otros, tanto editados como manuscritos, que hemos podido ver, se encuentra en los ejemplares del Índice de Possidio. Hemos revisado el Tratado y lo hemos corregido según diez códices Vaticanos, uno de Germanense, el de Michaelino, el de Remigiano, el de Ebrulphense, el de Arnulphense, el de Cisterciense, el de Fossatense, el de Colbertino, el códice del V. C. señor de Maran Tolosatis, el de Turonense S. Gatiani, y otro códice de la Iglesia de Lyon, en los cuales se titula "Libellus adversus quinque haereses", o "contra quinque hostium genera"; porque es contra los paganos, judíos, maniqueos, sabelianos y arrianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cinco tipos de enemigos. Soy deudor, lo confieso, no por necesidad apremiante, sino, lo que es más vehemente, por caridad. No puede ser tan molesto el acreedor para obligar, como devoto es el deudor para pagar. Pero para cumplir lo que prometí, ayúdenme con sus santas oraciones, para que Dios omnipotente dé gracia a mis palabras, y satisfaga a sus piadosas mentes y oídos. Si se dignan recordar quienes estuvieron presentes en su momento, dijimos que hay cinco tipos de enemigos: contra los cuales pedimos tregua para preparar las armas

necesarias. El día prometido ha amanecido, y nosotros también, con la ayuda del Señor, hemos avanzado diligentemente hacia la lucha. Nuestro auxilio es del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Salmo CXXIII, 8). Él dará la victoria al que lucha, quien dio la audacia para luchar. No nos detenga la multitud de enemigos, no nos asuste la apariencia de los combatientes, no nos aterren las armas brillantes como de vidrio. Goliat, grande, robusto, terrible con sus armas, y protegido por una gran multitud, fue derribado por David solo, un pequeño niño y desarmado, con un solo golpe de piedra, y todo el campamento de los filisteos fue perturbado y puesto en fuga (I Reg. XVII, 49). ¿Qué otra cosa significó la piedra lanzada contra Goliat por la mano de David, sino que Cristo vendría contra el diablo del linaje de David?

2. Emprendamos ya, y exponamos los cinco tipos de errores que mencionamos. Los paganos dicen: ¿Por qué nos rechazan y nos descartan como si adoráramos a muchos dioses? He aquí que ustedes también dicen que el Dios que predicán para ser adorado tiene un hijo, y afirman que nació sin la mezcla de otro sexo. Los judíos dicen: ¿Cómo adoran a un solo Dios, cuando también exigen a los hombres que veneren y adoren con ustedes como Hijo de Dios a aquel hombre que nuestros padres crucificaron, llamándolo Señor? Los maniqueos dicen que es un fantasma que se dice que el Señor Cristo pudo nacer de un útero femenino. No es digno, dicen, que una majestad tan grande se crea que pasó por las inmundicias y suciedades de una mujer. Los sabelianos, los mismos patripasianos, dicen: Un solo Dios es Padre e Hijo; porque quien es Padre, también es Hijo. Pues si decimos de otra manera, se nos llamará adoradores de muchos. Los arrianos dicen: Uno es el Padre, otro es el Hijo, pero el Hijo es menor. ¿Cómo puede ser que el engendrado sea igual al engendrador?

CAPÍTULO II.

3. Confianza contra los herejes. He aquí que se han propuesto las cuestiones de los errores, como si se hubieran dispuesto las filas de los enemigos. Contra estas filas pestilentes, santísimos hermanos, tomen las armas de Dios, para que puedan resistir en el día malo y estar perfectos en todo. Ciñan sus lomos con la verdad: que nadie tiemble, que nadie tema. Hay coraza de justicia, hay escudo de fe, en el cual se reciban y se extingan las flechas encendidas de los malignos. Hay casco de salvación, hay espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efesios VI, 14-17). Cualquiera de los fieles soldados de Cristo que esté armado con estas armas, no temerá la persona de nadie, no será retirado de la lucha por el terror del tiempo. Vamos, hermanos, la lucha está a la vista, la obra arde, el adversario urge, prepara dardos, intenta lanzarlos, que nadie se asuste. Hermanos, son más los que están con nosotros que con ellos. Con nosotros está Moisés, aquel gran amigo de Dios, quien para vencer al enemigo en combate, extendió sus manos al cielo, mostrando ya entonces la figura de la cruz de Cristo: él, por mandato divino, convirtió las olas del mar hinchado en campos secos con un solo golpe de vara para que el pueblo pasara. Con nosotros está Josué, después de Moisés, líder del pueblo israelita, el más valiente guerrero, cuyo nombre también indica Salvador: él, con su poder y confianza divina, detuvo el día para que no completara su curso, y ordenó que la noche no se acercara. Él venció, capturó, humilló y mató a los reyes de las naciones, no uno por uno, sino congregados. Con nosotros está David, fuerte de mano; ¿qué diré? siervo de Dios, elegido de Dios, amigo de Dios, pariente de Dios: sabía y bien sabía, no solo perdonar a los sometidos y derrotar a los soberbios (Eneida, libro 6, verso 853), sino también mostrar virtudes y guardar paciencia. Él, cuando perseguía a sus enemigos, no fue pernicioso, y cuando vencía, no fue impío. Con nosotros están otros y otros hombres santos, que previeron y predijeron todo lo futuro. No hay, por tanto, nada que deba asustarlos: solo esperen, escuchen y oren, que su oración sea más atenta y más intensa hacia mí. No nos detengamos más, ya prosigamos con lo que propusimos.

CAPÍTULO III.

4. De Hermes y la Sibila contra los paganos. ¿Qué dices, pagano? Dios, dices, si se deleitó en un hijo, necesitó de un matrimonio: si rechazó el matrimonio, está solo sin hijo. ¿Qué podría encontrarse semejante a Dios, que se uniera a Dios y diera a luz un hijo a Dios? Luego, si, como dicen, Dios tiene un hijo, ya no adoran a un solo Dios. ¿Qué hacemos? Hemos recibido un dardo lanzado por el filisteo; ¿qué devolveremos? Cualquier dardo que lancemos, aunque llegue a él, no sirve de nada. ¿Por qué? Porque es duro. ¿Cuán duro es? Es de piedra: adora ídolos; y está escrito: "Sean semejantes a ellos todos los que los hacen, y todos los que confían en ellos" (Salmo CXIII, 8). No acepta las Sagradas Escrituras. Busquemos, pues, una piedra con la que sea golpeado, para que golpeado sea sacudido, sacudido sea triturado, triturado se convierta en polvo, convertido en polvo sea regado, regado sea sembrado, sembrado dé fruto, no que sea consumido por el fuego, sino que sea guardado en el granero. Hermes, que en latín se llama Mercurio, escribió un libro que se llama "Λόγος τέλειος", es decir, Verbo perfecto: gran nombre de este libro, porque es grande aquel de quien se escribió. ¿Qué hay más perfecto que el Verbo, que es el único libre entre los muertos (Salmo LXXXVII, 6)? Escuchemos lo que dice Mercurio sobre el Verbo perfecto: El Señor, dice, y hacedor de todos los dioses, hizo un segundo Señor. Y poco después, para mostrar lo que dijo, repitió y dijo: Porque, por tanto, lo hizo primero, y solo y único: pero le pareció bueno y plenísimo de todos los bienes. Cuán plenísimo dice Juan el evangelista: "De su plenitud todos hemos recibido, gracia sobre gracia" (Juan I, 16). Pero le pareció bueno, y plenísimo de todos los bienes. Y sigue: Se alegró. ¿Con quién o con qué se alegró? Que lo diga la misma Sabiduría de Dios, el Hijo de Dios: "Yo era aquel con quien se alegraba" (Proverbios VIII, 30). Por tanto, se alegró, y lo amó mucho como a su unigénito. A quien primero llamó hecho, después lo llamó unigénito. También en otro lugar dijo así: Hijo del Dios bendito y de la buena voluntad, cuyo nombre no puede ser narrado por boca humana. ¿Buscabas, pagano, la esposa de Dios? Escucha a Mercurio: prepara tu frente, y recibe la piedra de la piedra: cae, para que te levantes; rómpete, para que te fortalezcas; destrúyete, para que te edifiques: que el golpe de la piedra no divida la piel de la frente, no rompa la vena de la sangre, no abra la fosa de la herida; sino que haga la señal de la cruz. ¿Buscas la esposa de Dios? Que sea desechada de tu corazón, te ruego, la impura depravación. La esposa de Dios es la buena voluntad. ¿Cómo es que Dios es Padre, y el Hijo es Dios, y sin embargo no son dos dioses, sino un solo Dios, no debo discutirlo contigo; porque a menos que creas, de ninguna manera podrás entender. Y sin embargo, Mercurio confiesa al Hijo de Dios como Dios. Que este sacrílego de piedra, golpeado por la piedra, deje de serlo. Escuchemos también lo que dice la Sibila, profetisa de ellos, sobre el mismo: Otro, dice, dio Dios a los hijos de los hombres para que lo adoren. Cuanto parece, en estas sentencias de Mercurio y la Sibila, también se juzga a Sabelio. Mercurio dice que el Padre es Dios y el Hijo: y la Sibila dice que Dios es otro. Sabelio dice que no es otro, porque afirma que el Padre es el mismo que el Hijo. Es muy bueno, si ahora no solo a uno, sino también a cuantos adversarios podamos alcanzar, los golpeemos de un solo golpe. También la Sibila dice: Conoce a tu Señor que es el Hijo de Dios. Este verso increpa tanto al pagano como al judío. En otro lugar llama al Hijo de Dios "σύμβουλον", es decir, consejo, o consejero. Y el profeta dice: "Su nombre será llamado, Admirable, consejero, Dios fuerte y poderoso" (Isaías IX, 6). Aquí se acusa al arriano, quien al decir que el Hijo de Dios es menor, dice que alguna vez Dios no tuvo hijo. Y si fue sin hijo, fue sin consejo. He aquí a qué grandes peligros somos provocados. Pero porque Dios nunca fue sin consejo, incluso contradiciendo al arriano, nunca pudo el Padre estar sin el Hijo. ¿Qué haces, pagano? Abre tus oídos, no seas como la áspid sorda, que tapa su oído para no oír la voz del encantador (Salmo LVII, 5). No te presento mis autores; tuyo es Mercurio, a

quien entre los dioses tanto honor y culto le han rendido ustedes, que llamaron un día con su nombre. Escúchalo, que él te convenza, que él te derrote; para que cuando te venza, te rindas a él, y me creas a mí. Mercurio dijo: Dios amó a su Unigénito. Él dijo: Hijo del Dios bendito y de la buena voluntad. Y para que no soportara el tedio de la pregunta sobre su nombre, añadió y dijo: Cuyo nombre no puede ser narrado por boca humana. ¿Qué dices tú, Mercurio, que el nombre del Hijo de Dios no puede ser narrado por los hombres? Que lo narres tú, que no eres hombre, sino dios estimado por los hombres. Habla, pues, al Hijo suyo diciendo: Es, pues. ¿Quién? El sermón inenarrable de sabiduría del Hijo Santo santo. ¿No es esto, "En el principio era el Verbo" (Juan I, 1)? Di, Hermes, ¿este sermón de sabiduría tiene madre? Sigue: Es de solo Dios Señor, que domina a todos los mortales. Y porque no puede ser indagado por los hombres, añade y dice: Está sobre los hombres. Por tanto, porque está sobre los hombres, no puedo narrar el nombre del Hijo de Dios, porque no soy dios: que los hombres digan como hombres lo que no soy, yo reconozco lo que soy. El sermón de sabiduría es de solo Dios. No, pues, pagano, sospeches allí o imagines que hubo un matrimonio humano: es de solo Dios, y está sobre los hombres. Te increpa la Sibila diciendo: Conoce a tu Señor que es el Hijo de Dios como Dios: a él, no a otro, no a Marte, no a Júpiter, no a Mercurio; sino a quien confiesa Mercurio. ¿Qué te sorprende, cristiano, que tales cosas digan estos sobre el Padre y el Hijo? También los demonios creen, y tiemblan (Santiago II, 19). En el Evangelio, al pasar el Señor, dicen: "Sabemos quién eres, Hijo de Dios, has venido antes de tiempo a atormentarnos" (Marcos I, 24). ¡Ojalá que así como los demonios reconocen al juez, así los hombres reconocieran al salvador!

CAPÍTULO IV.

5. Del Antiguo Testamento contra los Judíos. ¿Qué dice el judío? Tenemos un solo Dios, fuera de Él no conocemos a otro. A aquel a quien ustedes llaman Cristo, nuestros padres no lo mataron como a un Dios, sino como a un hombre. Esto es precisamente lo que dije: ¡Ojalá los hombres reconocieran al salvador como lo hacen los demonios! He aquí que los demonios lo vieron y temblaron; los hombres lo vieron y lo mataron. Los demonios confesaron; los hombres lo persiguieron. ¡Qué infelicidad y cuánta miseria es ser hallado inferior incluso a los demonios! Además, los hombres creen, los demonios perecen; los hombres se salvan, los demonios son castigados. Pero esta transformación es gracia de la diestra del Altísimo (Salmo LXXVI, 11), no presunción del hombre confiando en sus propias fuerzas. Contra este judío no me esfuerzo: sus propios códigos luchan contra él, luchan la Ley y los Profetas: y o bien será vencido y humillado y se salvará, o bien será castigado por su soberbia y obstinación. Dijo el Señor a Moisés: He aquí que envío a mi ángel que te preceda, te guarde en el camino y te introduzca en el lugar que he preparado. Obsérvalo y escucha su voz, no lo desprecies. Has oído al ángel, reconoce al Señor: no pienses que debe ser despreciado. Escucha aún lo que debes temer: No pienses que debe ser despreciado. ¿Por qué? Porque no perdonará si pecas, y mi nombre está en él (Éxodo XXIII, 20, 21). ¿Quién es tan grande, a quien Dios le ha dado su poder y su nombre? El Señor de los ejércitos, Él es el rey de la gloria (Salmo XXIII, 10). ¿Y cómo probamos que cuando se dice ángel, debe entenderse Dios? Lo tienes en el libro llamado Génesis: Vinieron dos ángeles a Sodoma al atardecer, mientras Lot estaba sentado a las puertas de la ciudad: cuando los vio, se levantó y fue a su encuentro (Génesis XIX, 1). ¿Qué más? Los recibió y los atendió como a peregrinos. Por la costumbre de la hospitalidad fue liberado del peligro de la ciudad, y escapó del incendio temporal, y obtuvo la recompensa eterna. Aprendan, cristianos, a ofrecer hospitalidad sin distinción, no sea que a quien cierran la puerta de su casa, a quien nieguen humanidad, sea Cristo mismo. No nos desviemos más de la acción propuesta. Los ángeles vinieron a Lot y dijeron: Miren y adviertan, porque se dice que los ángeles hablaron. ¿Qué dijeron los ángeles? Salva tu alma,

no mires hacia atrás (Génesis XIX, 17). Porque nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios (Lucas IX, 62). No te detengas en toda la región; no te aferres a los placeres terrenales: sino sálvate en el monte (Génesis XIX, 17); que tu esperanza sea Dios, no sea que perezcas junto con los sodomitas. Y Lot les dijo. Vean al hombre que ve, no ciego como los judíos y los sabellianos; no con los ojos enfermos como los arrianos: sino con ojos sanos como los cristianos católicos. Vio a los ángeles y entendió al Señor. ¿Qué les dijo a los ángeles? Y Lot les dijo: Señor mío, porque tu siervo ha hallado gracia ante ti, y has magnificado tu misericordia que has hecho conmigo, para salvar mi alma (Génesis XIX, 19). Es algo grande, cuando quiero herir al judío así, Moisés, hombre fortísimo, lanzó la lanza de su palabra, y la envió para que pasara del judío al sabelliano, y golpeara al arriano. ¿Qué haces, santo Lot? Ves a los ángeles, y no a uno, sino a dos, y dices, Señor mío. Hablas a uno, ruegas a uno; ¿y no temes que parezca que haces injuria al otro? No, dice. Retírense, judíos; retírense, sabellianos, porque no ven; retírense, arrianos, porque ven poco. Yo veo; y lo que veo, porque lo veo, no lo desprecio ni me equivoco. Veo a dos, veo iguales. Ruego a uno, no hago injuria a ninguno: porque no divido al Padre del Hijo. Pues para que entiendan que no me equivoco, cuando ruego a dos como a uno, vean si dos o uno responde a mis súplicas. Pidió tener refugio y vivir en una ciudad pequeña y cercana. Se le responde. Veamos cuántos son los que responden. Las palabras del libro siguen, Y le dijo: como si fuera una respuesta singular. Sigue aún, veamos: He aquí que también en esto he aceptado tus súplicas, para no destruir la ciudad por la que has hablado. Apresúrate y sálvate allí: porque no podré hacer nada hasta que entres allí (Génesis XIX, 21, 22). ¿Ves, judío, que se dice ángel y es Dios? ¿Oyes, arriano, a dos, al Padre y al Hijo, hablando: y sin embargo no al mismo Padre que al Hijo, por los sabellianos; sino al Padre y al Hijo? ¿Oyes lo que se ha dicho, He aceptado tus súplicas? ¿Oyes lo que dice, No destruiré la ciudad? ¿Oyes, No podré hacer nada? Que el judío lea ángel, entienda Dios; que el sabelliano lea que vinieron dos; que el arriano lea que uno respondió: y no desprecien, sino huyan del error, no sea que lleguen al fuego. Pero para mostrar más plenamente que el ángel debe entenderse como Dios, recitemos lo que sigue de esta lectura: Entonces, dice, el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego del Señor desde el cielo (Génesis XIX, 24). ¿Qué es, Señor del Señor, sino el Hijo del Padre? Como en otro lugar: Dijo el Señor a mi Señor, es decir, el Padre a su Hijo, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Salmo CIX, 1). También en Éxodo, Apareció, dice, el ángel del Señor a Moisés en una llama de fuego desde la zarza, y vio que la zarza ardía en fuego, pero la zarza no se consumía. Y Moisés dijo: Pasaré y veré esta gran visión, por qué la zarza no se quema. Y cuando el Señor vio que se acercaba para ver, lo llamó el Señor desde la zarza. He aquí el mismo ángel, el mismo Señor. Y sigue diciendo, Moisés, Moisés. Y él dijo, ¿Quién eres, Señor? Y el Señor le dijo, No te acerques aquí, sino quítate las sandalias de tus pies; porque el lugar en que estás es tierra santa. Aún escucha lo que le dijo: Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob (Éxodo III, 2-6). Y por eso el judío debe escuchar al ángel, para entender al Señor y temer a Dios: el sabelliano debe confesar al Padre, sin negar al Hijo: el arriano debe confesar al Padre y al Hijo, sin disminuir al Hijo. También Josué, como dice el libro que lleva su nombre, cuando luchaba contra los enemigos, estando en el mismo combate, vio a un hombre de pie frente a él, con una espada desenvainada: y se acercó a él, y le dijo: ¿Eres de los nuestros o de nuestros adversarios? Y él respondió: No, sino que soy el príncipe del ejército del Señor, y ahora he venido (Josué V, 13, 14). Y Josué cayó rostro en tierra y adoró. Y ahora sigue, judío, a tu guía. Ve, pregunta y adora. La visión tiene comunión: pues se ve tanto lo que se reconoce como lo que no se conoce. Por tanto, la visión tiene comunión, la pregunta ignorancia, la adoración fe. ¿A quién ve? A un hombre. ¿Quién es este hombre? Es aquel cuyo advenimiento se preanunciaba, se deseaba, se esperaba contra las naciones enemigas. [Y es hombre, dice, y ¿quién lo conocerá?] ¿Quién es el príncipe del

ejército del Señor? ¿No es él quien en el Evangelio, preguntado quién era, respondió, Principio, que también os hablo (Juan VIII, 25)? ¿Por qué te turbas, Josué? ¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos piensan cosas vanas contra el Señor y contra su Cristo (Salmo II, 1)? Ves al armado, no temas: no vengo contra ti, sino por ti; porque no he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XV, 24). ¿Qué es, Josué, lo que ves, preguntas y adoras? Escucha: Veo a un hombre; pregunto a quien veo; escucho a quien no veo; adoro, no lo que veo, sino lo que creo: porque la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios (Romanos X, 17). ¿Qué buscas entonces? Observa y sigue: Veo a un hombre, pero lo que entiendo es más que los hijos de los hombres. Algo me resplandece, y como si algo brillante saliera de las sombras. Voy hacia él, porque viene hacia mí: investigaré lo que veo, esta gran visión. A quien veo, es hombre, y no es hombre. Más bien, es hombre por el maniqueo; y más que hombre por el judío. Sigue, mi Josué, mi guía, sigue. ¿Por qué, sino porque cuando me buscas, me adquieres? He aquí que vengo, encuentro a un hombre: dentro no sé qué entiendo; es oscuro, aún no veo: el rostro de Moisés es recto, el velo impide la vista (Éxodo XXXIV, 33), la verdad está oculta. No reconozco qué es, necesito preguntar. Dime, tú hombre, ¿Eres de los nuestros o de nuestros adversarios? Si es de los adversarios, es hombre y enemigo: si es de los nuestros, es hombre y Salvador. Viene después de mí, pero ha sido hecho antes que yo (Juan I, 30). Si es Jesús, es Salvador. Pregunte Jesús a Jesús, pregunte el anterior al posterior, pero menor al mayor; pregunte el que disminuye al que crece: la figura pregunte a la verdad; más bien, la figura entienda la verdad: para que el día brille, y se quiten las tinieblas temporales. He aquí que vengo, sé que el espíritu no tiene carne ni huesos (Lucas XXIV, 39); palpo la carne: busco, miro al armado. Aún el misterio está oculto. Pregunto al hombre, escucho la palabra; quito el velo, adoro a Dios. En lo que Jesús vio y no conoció, significaba al pueblo furioso de los judíos, que si viendo hubiera conocido, nunca habría crucificado al Señor de la gloria (I Corintios II, 8): pero en lo que oyendo creyó y adoró, significaba a este pueblo del que está escrito, El pueblo que no conocí, me sirvió; al oír con el oído me obedeció (Salmo XVII, 45). Escucha aún tú que niegas que Dios engendró al Hijo, escucha lo que dice el Padre por el profeta Isaías: ¿Acaso yo, que hago que otros den a luz, no daré a luz yo mismo, dice el Señor (Isaías LXVI, 9)? Yo que doy generaciones a otros, ¿permaneceré estéril? dice el Señor tu Dios, a quien se le dijo, Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Salmo II, 7). ¿Por qué me provocas, arriano, y te burlas cuando escuchas, hoy? Para Dios nunca hay un mañana, nunca un ayer, sino siempre hoy: no se mueve el año por ciclos de meses, no se transcurre el mes por días que suceden y decaen, no se cambian las horas, no se varían los tiempos o momentos, donde el día no se concluye con un término, ni se inicia con un comienzo. Escuche aún el judío lo que dice el Señor por el profeta, escuche el arriano: escuchen todos los que dicen que el Hijo de Dios no es, o es menor. Yo, dice, soy Dios, y no hay otro. ¿Y qué del Hijo, Señor, si tú solo eres Dios? Escucha aún, ¿por qué te apresuras? En mí mismo he jurado. Donde hay juramento, no hay duda. En mí mismo he jurado, Saldrá de mi boca la palabra de justicia. He aquí que tienes al Hijo: Saldrá de mi boca la palabra de justicia, y no volverá. ¿Qué significa, no volverá? Para que el sabelliano no diga que el Hijo es el mismo que el Padre, la palabra que salió no volverá: porque el Padre es Padre; el Hijo es Hijo. Que calle un poco la locuacidad de los herejes, que no tiene vergüenza: que el Señor cumpla la sentencia; y al Hijo de Dios o nadie se opondrá, o quien sea adversario será confundido. Saldrá, dice, de mi boca la palabra de justicia, y no volverá; porque a mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará. ¿Y el Hijo qué? Escucha entonces lo que se dice en el Señor: Mías son las supremas justicias y el imperio. Actúa entonces, ¿y qué después? A él vendrán, y se confundirán todos los que se le oponen (Isaías XLV, 22-25). Vayan ahora, todos, paganos, herejes, judíos; opónganse y resistan al Hijo de Dios: a él vendrán, y se confundirán todos los que se le oponen.

CAPÍTULO V.

6. Contra los Maniqueos. No hemos hablado poco del Hijo de Dios según la divinidad, y no hemos perdonado a los adversarios en cuanto hemos podido: ahora quiero acercarme a su encarnación, y el maniqueo impuro se opone. ¿Por qué? Porque no quiere que se diga que el Hijo de Dios es también hijo del hombre. ¿Y dónde está lo que está escrito, Rociad, cielos, desde arriba, y las nubes lluevan al justo; ábrase la tierra, y brote el Salvador; y la justicia brote juntamente, yo el Señor lo he creado (Isaías XLV, 8)? también, He aquí que un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado: y el principado está sobre su hombro y se llamará su nombre, Admirable, consejero, Dios fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de paz (Isaías IX, 6)? también, He aquí que la virgen concebirá en el vientre, y dará a luz un hijo; y se llamará su nombre Emmanuel (Isaías VII, 14; Mateo I, 23)? Alguien dice, Cuando te propusiste luchar contra el maniqueo, no contra el judío. Contra el maniqueo son necesarias nuevas armas, no antiguas. ¿Por qué? Porque acepta el Nuevo, no el Antiguo Testamento. Pero para mí, que he asumido la lucha contra ambos, son necesarias armas de todas partes; especialmente, porque estas nuevas están fabricadas de las antiguas: por tanto, ni aquellas deben ser desechadas, ni estas deben ser llevadas. Con diferentes armas se derriban diferentes adversarios. Por tanto, este orden debe ser mantenido, para que hablando del Evangelio, no calle sobre los Profetas.

7. Pero yo, dice el maniqueo, no acepto ni a Moisés ni a los Profetas. ¿Qué dices del apóstol Pablo, quien al inicio de su Epístola a los Romanos escribió, Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el Evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras acerca de su Hijo, que fue hecho de la simiente de David según la carne (Romanos I, 1-3)? ¿Oyes que el Evangelio no sería presentado por los Apóstoles, si no hubiera sido prometido antes por los Profetas? ¿Oyes que el Hijo de Dios según la divinidad, fue hecho hijo del hombre de la simiente de David según la carne? ¿Qué es, entonces, en lo que los Profetas son contrarios al Evangelio? Dijo el Profeta: Rociad, cielos, desde arriba, y las nubes lluevan al justo: venga el ángel, predique la palabra. Ábrase la tierra; escuche María: y brote el Salvador; dé a luz a Jesús. Dijo el Profeta, He aquí que la virgen concebirá en el vientre, y dará a luz un hijo; y se llamará su nombre Emmanuel. Esto también el evangelista al decirlo, lo siguió y explicó diciendo, Dios con nosotros (Mateo I, 23). En vano, maniqueo, intentas oponerte a los Profetas. He aquí que el Apóstol dice, Acerca de su Hijo que fue hecho de la simiente de David según la carne (Romanos I, 3). Lo que los Profetas previeron y predijeron, esto los Apóstoles vieron y predicaron. El que era, fue hecho. ¿Qué era? ¿Qué fue hecho? Era Verbo, fue hecho carne. Era Dios, fue hecho hombre: era Hijo de Dios, fue hecho Hijo del hombre. Asumió la humanidad, no perdió la divinidad: hecho humilde, permaneció sublime: nació hombre, no dejó de ser Dios: nació niño, oculto grande: quien con gusto abraza a Dios nacido, no tema el parto de la virgen. Te dice Dios creador del hombre, hijo del hombre: ¿Qué es lo que te conmueve en mi nacimiento? No fui concebido por la concupiscencia de la lujuria. Yo hice a la madre de la que nacería; yo preparé y limpié el camino para mi venida. Esta a quien desprecias, maniqueo, es mi madre; pero fue hecha por mi mano. Si pude ser contaminado al hacerla, pude ser contaminado al nacer de ella. Así como mi paso no corrompió su virginidad, así mi majestad no fue manchada allí. Si el rayo del sol sabe secar las inmundicias de las cloacas, no sabe ser contaminado por ellas; cuánto más el esplendor de la luz eterna, en el que no incurre ninguna mancha, dondequiera que irradie, puede purificar, él mismo no puede ser contaminado. Necio, ¿de dónde la suciedad en la madre virgen, donde no hay concupiscencia con un padre humano? ¿De dónde la suciedad en ella, que ni concibiendo sufrió lujuria, ni pariendo sufrió dolor? ¿De dónde la suciedad en la casa, a la que ningún habitante accedió? Solo a ella vino

su creador y señor, se vistió con la vestidura que no tenía; y la dejó cerrada como la encontró. Así como él nació solo entre los muertos libre (Salmo LXXXVII, 6); así el pudor de su madre, de la que nació, es solo íntegro. Eva, desobediente, mereció el castigo, María, obedeciendo, alcanzó la gracia: aquella, al probar lo prohibido, fue maldecida, esta, al creer al ángel, fue bendecida: aquella nos trajo la muerte, esta nos dio la vida. ¿Qué haces, maniqueo? Oprimes al cristiano, no defiendes a Cristo. Que calle la inmunda vanidad, porque la verdad nació pura.

CAPÍTULO VI.

8. Contra los arrianos. Quisiera aún perseguir al maniqueo, pero sufro al arriano hostil, que confía en su propia virtud y se gloria en su poder (Salmo XLVIII, 7). Ya antes respondimos con otros, y tampoco a él le guardamos silencio: pero ahora también, manteniendo su orden, veamos qué dardos lanza. Que la persona de ningún poderoso te atemorice: Toda carne es hierba (Isaías XL, 6). Ves diariamente crecer la hierba, ves florecer, ¿por qué te asustas? Tales frutos produce la tierra desierta. No acuso a los agricultores, sino que los busco. ¿Dónde están ahora, oh buenos agricultores? ¿Qué hacéis? ¿Por qué estáis inactivos? Veis cuántos males llenan esta tierra: de aquí espinas, de aquí abrojos, de aquí surge la hierba. Incendiad las espinas, erradicad los abrojos, cortad la hierba, esparcid buenas semillas, que no os atemorice el invierno: y si abunda la iniquidad, que vuestra caridad arda. Sembrad en invierno, para que cosechéis en verano. Pero, ¿a quiénes hablo? ¿Dónde están las fuentes de lágrimas? ¿A qué agricultores me dirijo? Unos han muerto, otros han sido expulsados: la tierra ha sido entregada en manos del impío (Job IX, 24), la tribulación y la necesidad nos han encontrado. Señor, danos ayuda en la tribulación, para que la salvación del hombre no sea vana, sino verdadera (Salmo LIX, 13). ¿Qué dices, arriano? Te ruego que respondas al que pregunta. No quiero que desprecies al pequeño, no te ayuda la gran figura, no te protegen las grandes armas, el golpe de una sola piedra penetra la frente con casco (I Reyes XVII, 49). Dime, pues, lo que te pregunto: ¿Crees en Dios Padre todopoderoso? Creo, dice. ¿Crees en Jesucristo su Hijo, nuestro Señor? Creo, dice. ¿Crees que Jesucristo es Dios y hombre, nacido del Espíritu Santo de la virgen María?

Credo, dice. Bien haces. Aún pregunto: Así como el Padre es Dios, ¿también el Hijo es Dios? Así es. ¿Es uno el Padre, otro el Hijo? Y mucho. ¿Es el Hijo igual al Padre? Igual, dice. ¿Qué queda? He aquí que a todo lo que pregunté, respondió. En lo que dice creer en Dios Padre y en Dios Hijo, está en contra del pagano conmigo. En lo que cree que Cristo es Dios y hombre nacido del Espíritu Santo de la Virgen María, está conmigo contra el judío y el maniqueo. En lo que cree que el Padre es uno y el Hijo otro, está conmigo contra el sabeliano. Vamos, si estás conmigo en todo, ¿por qué discutimos? Si tenemos una sola herencia, poseámosla juntos; somos hermanos: ¡He aquí cuán bueno y agradable es habitar los hermanos juntos en unidad! (Salmo 132, 1). ¿Por qué hay una nueva construcción ante el muro? Vemos juntos por la custodia de nuestra herencia. Nuestra herencia es gloriosa para nosotros (Salmo 15, 6). Tenemos envidiosos, tenemos enemigos: y ellos quieren poseer, no con nosotros, sino contra nosotros. Que nadie se apropie de algo: esta herencia nos ha sido dejada para que se posea indivisa, no para que se disipe en partes. Recojamos juntos el fruto, para no perderlo dividiéndolo. La pobreza me hace estar preocupado; te ruego, no recojas fuera de mí, para que no empieces a dispersar. Porque el que no recoge conmigo, desparrama (Lucas 11, 23). Casi olvidé con quién estaba tratando; pero no he olvidado, pregunto al arriano, a quien deseo que sea católico. Alguien dice: A todo lo que quisiste respondió, en sus respuestas no se encuentra nada adverso: ¿qué más buscas? Espera, hermano, no juzgues fácilmente, aún

tengo algo que preguntar: no te comprometas rápidamente con él, la respuesta es clara, el veneno está oculto. ¿Qué dijiste, hermano? ¿Es el Hijo igual al Padre? Igual, dices. Ahora vigila, ahora se manifestará lo que estaba oculto. ¿Cómo dices que el Hijo es igual al Padre? ¿En operación, o en origen? ¿En poder, o en eternidad? ¿O tal vez en ambos? De ninguna manera, dices. Es igual en operación y poder, no en eternidad: ¿cómo puede ser que el engendrado sea igual al no engendrado? He aquí que está presente aquel que caminaba conmigo como coheredero, apareció el engaño que estaba oculto. Se pensaba que poseía conmigo, quiere dividir: pero no lo permito; me opongo totalmente. Las leyes establecen que se debe obedecer en todo a la voluntad del testador: si alguien quiere actuar contra la voluntad del testador, que pierda la herencia. ¿Pero las leyes callan entre las armas (Cicerón pro Milone, n. 40)? No del todo: se trabaja para que se sirva a las leyes. Presento el testamento, recito las palabras del testador: si hay algo que dividir, lo encuentro allí: si no hay nada que dividir, te resisto con el mismo testamento. Escucha lo que tiene el testamento: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan 14, 27). Esta es la herencia. ¿Y quién es el testador? Lee el Testamento, y lo encontrarás. Cuando el profeta hablaba del Señor, dijo: Se engrandecerá hasta los confines de la tierra, y él mismo será la paz (Miqueas 5, 4, 5). Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres (Lucas 2, 14); no a los que dividen la santa unidad, sino a los hombres de buena voluntad. Él es la herencia, él es el testador, tú buscas dividirlo. ¿Qué partes uno? Si divides uno, no tendrás nada íntegro. Oh herejía arriana, cruel e impía meretriz, avergüénzate con el juicio de Salomón. La meretriz, para no perder a su hijo vivo, concebido de alguna manera y ya nacido, no permitió que se dividiera; ¿y tú divides al Señor tu Dios? Ella, aunque meretriz, sin embargo piadosa, porque era madre; tú, meretriz e impía, porque no eres madre, lo que engendras lo asfixias, lo que no engendras lo congregas. ¿Cómo amamantas lo ajeno, tú que matas lo tuyo? Tus entrañas se endurecieron, las de ella temblaron. ¿Qué dijo? Dadle el niño, y no lo dividáis (1 Reyes 3, 27): Es mi hijo; pero mejor me alegro de que esté vivo e íntegro con ella, que llorar su muerte dividido. Es mi hijo, dice; pero ¿de qué serviré como madre al niño, si le quito la vida que no le doy? Quiero apartar al niño de los pechos de la cruel, pero más temo la espada del juez. Dadle mi hijo: es mi nacido; pero que migre todo a ella, que en mí permanezca el afecto. Dadle el niño entero, que no se le quite la vida de sus miembros: que no se divida la integridad, que no se me arrebate la piedad. ¿Qué dijo, Dadle el niño y no lo dividáis? He aquí que yo también digo, poseed todo, y no dividáis a Dios. No, dice; pero si quieres tener paz sin perjuicio, divide la herencia. ¿Y cómo he de dividir? ¿El Padre es mayor, el Hijo menor? ¡Oh partes! ¡Oh justicia! ¡Oh igualdad! Una parte es mayor, otra menor. No consiento, no hago parte; porque no divido la paz. Si la paz se rompe, ya no será paz. Pero ¿cómo puede haber paz intacta contigo, en quien la fe no es íntegra? Por lo tanto, porque no quieres poseer conmigo, y quieres dividir la paz, no puedes obtener la herencia. Finalmente, si según tu costumbre no te dedicas a la paz, sino a la perfidia, ve, interpela al juez, veamos qué te dirá. Tienes un juez ordinario, no quiero que me traigas de diversas partes otras potestades. No necesito un hombre de armas, sino un legislador. ¿Y dónde, dices, lo encuentro? ¿Dónde no lo encontrarás? Escucha al profeta diciendo: El Señor es nuestro juez, el Señor es nuestro legislador. No pienses que el juez es despreciable; escucha lo que sigue: El Señor es nuestro rey, el Señor mismo nos salvará (Isaías 33, 22). He aquí que tienes al juez. Si es poco, también nuestro rey está ante ti. Así está en el cielo, que no abandona la tierra. El cielo, dice, y la tierra yo lleno (Jeremías 23, 24). Estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo 28, 20). Y está con nosotros, y está con el Padre: porque no dejó al Padre cuando descendió a nosotros; ni nos abandonó cuando ascendió al Padre. Interpélalo a él, dile: Señor, di a mi hermano que divida conmigo la herencia. Escucha la respuesta divina, escucha al juez justo; escucha la paz, huyendo de la disputa: ¿qué dice? Amigo, ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros? (Lucas 12, 13, 14). ¿Quieres dividir la paz, y buscas tener al juez de la paz? No

quiero ser tu juez; yo soy la paz, no sé litigar; me siento con los que consienten, huyo de los litigantes. Si cuando eras enemigo de mi Padre, te reconcilié por mí, ¿cómo entonces me separarás de mi Padre? Yo, cuando estabas lejos, vine para traerte de vuelta: cuando errabas entre montes y bosques, te busqué: entre piedras y maderas te encontré: tropezabas en las piedras, a ellas te adherías, porque adorabas maderas y piedras. Y para que no fueras desgarrado por la boca ávida de lobos y fieras, te recogí, te llevé en mis hombros, te devolví a mi Padre, trabajé, sudé, puse mi cabeza bajo espinas, expuse mis manos a los clavos, la lanza abrió mi costado: no diré tantas injurias, sino que fui lacerado por tantas asperezas: derramé mi sangre, puse mi alma, para unirte a mí, ¿y tú me divides? Escucha lo que se responde al discípulo, que conocía al Hijo, y buscaba al Padre. Dijo Felipe al Señor: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. ¿Acaso no separaba también él al Hijo del Padre? Ya te conocemos, dice, pero no conocemos a tu Padre. ¿Y qué quieres? Muéstranos al Padre, y nos basta. Y el Señor le dijo. Si quieres, arriano, escuchar, erraste con el Apóstol, vuelve con el Apóstol: que la reprensión de él sea también tu cura. ¿Qué dice el Señor? Tanto tiempo, dice, he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe? Yo vine a unir a mi Padre contigo, no me separes: ¿qué buscas como si fuera otro aparte de mí? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. Tan grande es la unidad en nosotros, tan grande la semejanza, tan grande la caridad, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. Siento, sabeliano, lo que murmuras, o te apresuras a encerrarme en el arriano, o a apartarme del arriano. Pero en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; no de tres, sino de un solo Dios; cuando le respondo a él, no te paso por alto. ¿Qué dijo el Señor? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Acaso dijo, El que me ha visto, ha visto al Padre; o, Yo soy el Hijo y el Padre al mismo tiempo? Pero dijo, Yo en el Padre, y el Padre en mí; y El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Juan 14, 8-10). La interposición de una sílaba, que se dice Y, distingue al Padre, distingue al Hijo; y te muestra que no tienes ni al Padre, ni al Hijo. Dime, arriano: ¿Dices que el Padre es Dios? Y mucho. ¿Qué del Hijo? También confieso que es Dios. ¿De dónde lo reconoces? Porque cuando se anunciaba que vendría en carne, el profeta dijo de él, Decid a los de corazón apocado: confortaos, no temáis, he aquí que nuestro Dios traerá venganza de retribución; Dios mismo vendrá, y nos salvará (Isaías 35, 4). Reconócelo, en lo que dices reconocer, si no te opones al Profeta. ¿Qué dices entonces del Padre? Es Dios. ¿Qué del Hijo? Es Dios. ¿Es el Hijo coeterno con el Padre? No. Entonces hubo un tiempo en que no había Hijo, según tú. Si hubo un tiempo en que no había Hijo, entonces hubo un tiempo que no hizo el Hijo. Si hubo un tiempo que no hizo el Hijo, no todas las cosas fueron hechas por él: ya que había un tiempo en que no había Hijo. Si hubo un tiempo en que no había Hijo, el evangelista Juan no debió decir, En el principio era el Verbo; sino, En el principio era el tiempo. Juan dice, Todas las cosas fueron hechas por él (Juan 1, 1, 3): pero el arriano contradice. Di, arriano: ¿de dónde sabes que hubo un tiempo en que no había Hijo? ¿O acaso dirás, Y Juan de dónde sabe que en el principio era el Verbo? Porque se recostaba sobre el pecho del Señor, y de allí bebía lo que en el banquete de Cristo bebía, porque en el principio era el Verbo. Sin embargo, dime, cuando en el principio era el Verbo (Ibid., 1), o cuando Juan se recostaba sobre el pecho del Señor (Id. XIII, 23), y aprendía del Verbo del Señor, porque el Verbo era en el principio, y el Verbo era Dios: ¿dónde estaba Arrio? No sé si te atreves a decir que estaba allí. Es conocido y se lee en qué tiempo nació, y con razón fue condenado. También se sabe cómo vivió, cómo murió: y por eso no te atreves a decir de Arrio, como del Verbo, Y fue, y es: porque ni entonces fue Arrio, ni ahora es. Pero para que en todo sea excluido el arriano, escucha lo que se dice por Salomón: El Señor hizo regiones y confines inhabitables bajo el cielo. Cuando preparaba el cielo, yo estaba con él. Y poco después: Yo estaba con él disponiendo todas las cosas: yo estaba cuando hacía los fuertes fundamentos de la tierra: yo era a quien se alegraba (Proverbios 8, 26, 27, 30). Pero dices, Se trata del tiempo; si el Hijo fue antes de que existiera el tiempo. Escucha a él mismo diciendo por el profeta: Desde el tiempo, dice. ¿Qué es, Desde el tiempo? ¿Acaso desde que

comenzó a existir el tiempo? No así, impío arriano; no así: sino, Desde el tiempo, antes de que existiera, allí estaba (Isaías 48, 16). He aquí que antes de que existiera el tiempo, allí estaba. Busca ya cuándo no estaba, quien estaba antes de los tiempos. En el principio era el Verbo. Mejor dicen los griegos, Λόγος. Λόγος significa palabra y razón. Ves entonces que siempre era, de quien tú te atreves a decir, No era. O si dices que Dios alguna vez estuvo sin palabra, o sin razón, ya no serás adversario solo del Hijo, sino también del Padre. Yo, dice, salí de la boca del Altísimo (Eclesiástico 24, 5). ¿Quién dice? El Verbo. ¿Y qué es este Verbo? Juan diga: El Verbo era Dios. Y el Verbo, por tanto, y de quien era el Verbo, no son dos, sino uno. No, dices: porque el verbo es posterior a aquel de quien es verbo, de donde aparece que el Hijo es menor que el Padre. Niegas, por tanto, que el Hijo de Dios sea Dios. No niego, dices: y digo que el Padre es Dios, y el Hijo es Dios; pero el Padre es mayor, el Hijo es menor. ¿Cuánto tiempo el Padre es mayor, el Hijo menor? Dime, porque veo que quieres calcular la eternidad: ¿cuántos años precede Dios Padre a su Hijo? ¿Dónde leíste el día del nacimiento del Hijo de Dios? Digo del Hijo de Dios, no digo del Hijo de Dios y hombre. ¿Dónde entonces leíste el día de su nacimiento? ¿Con qué matemático buscaste y trataste la constelación del Creador de los astros? ¿Qué tiempos, qué horas, qué momentos, qué números, qué minutos de los momentos del nacimiento de aquel que todo lo creó, reuniste? Que descanse, te ruego, que descanse tu herejía, no religión, sino superstición: la calculación falla sobre el principio de Cristo. Porque cuando se escucha eternidad sin principio, no se busca allí edad. Si el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, el Padre mayor, el Hijo menor: ya no es un solo Dios, sino dos dioses. Si son dos dioses, ¿qué es entonces lo que dice el Señor por el profeta, Antes de mí no fue formado Dios, y después de mí no lo será (Isaías 43, 10)? ¿Qué dices, arriano? ¿A quién atribuyes estas voces? Si son del Padre, diciendo, Antes de mí no fue formado Dios, y después de mí no lo será: o el mismo Padre no será, o el Hijo no será Dios. Porque si solo dijera, Antes de mí no fue formado Dios; y no añadiera, y después de mí no lo será: te era libre aplicar estas palabras solo al Padre. Pero cuando sigue y dice, después de mí no lo será: según tú, como dije, niega ser Dios tanto al Padre como al Hijo. Asimismo, si estas palabras son del Hijo, niega a su Padre y Dios y Padre. Porque si no dijera, Antes de mí no fue formado Dios; sino solo dijera, después de mí no lo será: podría tal vez decirse que el Hijo lo había dicho. Pero ahora cuando dice, Antes de mí no fue formado Dios, y después de mí no lo será: no dice que su Padre sea Dios, ni Padre. Asimismo, si estas palabras son del Padre; ¿quién dice, a quién dice, Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Salmo 2, 7)? ¿O acaso, Dios no lo quiera, debe ser acusado de mentira? Pero si son palabras del Hijo, ¿quién dice, de quién dice, Mi Padre hasta ahora trabaja (Juan 5, 17)? ¿O acaso debe ser juzgado injurioso al Padre, e ingrato? Pero ¿acaso al ingrato se le diría, Pide de mí, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Salmo 2, 8)? ¿O acaso el Profeta o no supo qué decir, o quiso engañar; o para decir algo más suave del Profeta, debe creerse que fingió dos conversando, es decir, el Padre y el Hijo; y el Padre diciendo, Antes de mí no fue formado Dios, añadió también el Hijo diciendo, Y después de mí no lo será? ¿Son mímicas y jocosas las cosas que hacemos, o divinas? ¡Oh crimen! ¡Ay dolor! Perdona, perdona, impía herejía. Cuando tú no comprendes a Dios, también nos provocas a la blasfemia. No enseña esto la santa Iglesia. El Padre, es Padre; el Hijo, es Hijo: y aquel nunca no fue Padre, y este nunca no fue Hijo: ambos eternos, ni comenzaron a ser, ni cesan. Lo que el Padre habla, el Hijo habla, porque es el Verbo del Padre: y lo que el Hijo habla, el Padre habla, porque el Padre es del Verbo. El mismo Verbo dice, Las palabras que yo hablo, no las hablo de mí mismo (Juan 14, 10). Conceded, os ruego, al Creador lo que él mismo concedió a la criatura, y en la criatura, si podéis, comprendan al Creador. He aquí el fuego y el esplendor son dos, uno es del otro, ni sin el otro está el uno: el fuego es padre, el esplendor es hijo. Él mismo, si pudiera, diría, Lo que brillo, no brillo de mí mismo; sino que quien me envió, él

mismo me dio para que brille. Porque el fuego envía el esplendor. Y así como el Hijo de Dios Padre dice, El Padre está conmigo (Id.

XVI, 32); así también el resplandor podría decir, El Fuego está conmigo. Apaga el fuego, el resplandor no aparecerá en ninguna parte. Si, por tanto, el fuego y el resplandor, el padre y el hijo, uno es padre sin cónyuge, el otro es hijo sin madre; y no pueden ser divididos el uno del otro; y aunque uno provenga del otro, el inicio de uno no puede ser sin el otro; esto, sin embargo, es posible, porque el Creador lo ha otorgado a la criatura: ¿qué puede hacer el mismo Creador? Que se acerque el Pagano, que se acerque el Sabeliano, que se acerque el Arriano: contemplen la lámpara, vean en ella lo que no pueden ver en Dios. No hago injuria si, deseando mostrar en alguna parte el poder de tan gran Creador, traigo una pequeña semejanza del fuego o de la lámpara. Pues está escrito, Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor, y luz para mis caminos (Salmo CXVIII, 105). Y de Dios se ha dicho, Fuego consumidor (Deut. IV, 24; Hebr. XII, 29). Acérquense, pues, y consideren diligentemente la lámpara, y remuevan sus propias tinieblas insensatas. Que el Pagano observe, y allí aprenda que el Padre y el Hijo existen sin cónyuge, y cómo nació el Hijo: y si no eres ciego, ve allí; busca el medio entre el fuego y el resplandor. Si no hay medio, no hay cónyuge. No quieras investigar el medio, no sea que sufras un gran incendio. Que se acerque el Sabeliano, vea dos en uno, fuego y resplandor. ¿Acaso no puede decir correctamente el resplandor, Yo en el fuego, y el fuego en mí; así como el Hijo dice, Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan XIV, 10)? Que se acerque también el Arriano, vea también él uno del otro, y sin embargo, no puede nacer uno sin el otro: ninguno de ellos es primero, ninguno es posterior; son coetáneos el padre y el hijo, el resplandor y el fuego: ni el fuego puede existir sin el resplandor, ni el resplandor sin el fuego. O ciertamente, si te place, extiende la mano, divide uno del otro: muéstrame el fuego sin resplandor, o el resplandor sin fuego. Lejos de ello, lejos de ello: solo podrás arder, no podrás separar uno del otro. Pues así como el fuego y el resplandor son uno del otro, y sin embargo, uno no puede existir sin el otro: así Dios Padre y Dios Hijo son uno del otro, y sin embargo, uno no puede existir sin el otro. No tienen un origen que no sea, sino que su eternidad y sustancia son una. El fuego y el resplandor son temporales: pero Dios Padre y Dios Hijo son eternos. Digo que son, porque son Padre e Hijo; digo Dios, porque son uno. Dualidad en la prole, unidad en la deidad. La natividad de uno hace al otro, pero la divinidad muestra que son uno. Cuando digo, Hijo, es otro: cuando digo, Dios, es uno. Es otro, porque es Hijo: no es otro, porque es Dios. Avergüéncense, arrianos. Los verdugos de Pilato no se atrevieron a rasgar la túnica del hombre ya juzgado colgando en la cruz (Id. XIX, 24): ¿y ustedes intentan dividir la caridad de Dios sentado en el cielo, o más bien, a Dios mismo que es caridad? Pero intenten; cuanto puedan, intenten, ya han caído en el infierno: pues esa túnica nunca la romperán. También por el profeta el Señor dice, No hay Dios fuera de mí: Dios justo y salvador no hay fuera de mí (Isaías XLV, 21).

CAPÍTULO VII.

9. Contra Sabelio. Aquí el sabeliano se regocija. Pues para mostrar que el Padre y el Hijo son uno y el mismo, cree estar armado con tales testimonios. Por otro lado, los arrianos, para probar que el Padre es uno y el Hijo es otro, presentan otros testimonios, y dicen, Tanto es otro el Padre, otro el Hijo, y uno mayor, otro menor; que el Padre dice al Hijo, Te he dado como luz de las naciones (Id. XLIX, 6); y el Hijo dice, El Padre me envió (Juan VIII, 19). Según entiendo, esta luz de las naciones es tan clara y transparente, que los herejes, al no poder comprenderla ni percibirla, cegados, no pueden caminar en ella, sino más bien errar. El arriano una cosa, el sabeliano otra. ¿Qué tipo de guerra? ¿Qué dice el católico a esto? Las armas, dice, que portan, son mías: militan para mí; ambos luchan entre sí, pero por mí: ¡ojalá

ambos desfallezcan, y no uno pase al otro, sino a mí! También yo presentaré algo, de donde ambos sean golpeados. Tú, arriano, dices que es mayor quien envía, menor quien es enviado: te pregunto también yo, ¿Quién es mayor, quien precede, o quien es precedido? También, ¿quién es mayor, a quien se le prepara algo al venir, o quien prepara: a quien se le ofrece servicio, o quien lo ofrece? Sin duda, si preguntas al género humano, responderá que es mayor aquel que es precedido, a quien se le prepara, o a quien se le ofrece servicio. Tú quieres probar de ahí que el Hijo es menor, porque fue enviado: yo muestro que quien envió, precede a aquel a quien envió; y no digo que uno de ellos sea mayor, porque no me atrevo a decir que sea menor. El profeta Isaías dice, Así dice el Señor a mi Cristo, mi Señor, cuya mano derecha he tomado, para someter naciones ante su rostro. He aquí que ya el Padre acompaña al Hijo enviado. Aún sigue: Y volveré las espaldas de los reyes, y abriré ante él las puertas, y no se cerrarán las puertas (Isaías XLV, 1). He aquí que quien envió, se ha hecho precursor. ¿Quién, pues, es mayor o superior que abre las puertas antes que el menor? ¿O cómo lo haría, si no hubiera precedido un poco también? Escucha aún, Y las puertas, dice, no se cerrarán. ¿Cómo? Yo iré delante de ti (Ibid., 2). Ves que quien envió, acompaña y precede: envía, y no se aleja. Es poco que no se aleje, además precede. Ahora tú distingue quién es mayor, quién es más poderoso: pues yo no veo ninguna distinción, sino que más bien contemplo igualdad. El Hijo dice del Padre, Me envió (Juan VIII, 16). El Padre dice al Hijo, Yo iré delante de ti. Que se aleje de en medio la calamidad discordante: la igualdad lo muestra, no la disparidad. Aún sigue, para que aparezca más claramente quién dice a quién: Yo iré delante de ti, y humillaré a los gloriosos de la tierra. Aquí estás tú también, pagano. Escucha lo que dice el profeta. No escribí lo que quise: el código en el que se leen estas cosas está en el armario del judío. Mi enemigo es mi testigo; pregúntale a él; abre, lee, y cree. Volveré, dice, las espaldas de los reyes, y humillaré a los gloriosos de la tierra. ¿No ves a los reyes de la tierra, que antes perseguían a los cristianos, ahora ser cristianos? ¿No ves a aquellos que humillaban a la Iglesia, entrar humildes en la Iglesia? ¿No ves ahora tener defensores a aquellos que antes eran perseguidores? Yo, dice, iré delante de ti, y humillaré a los gloriosos de la tierra. Romperé las puertas de bronce, y quebraré los cerrojos de hierro. Y te daré los tesoros escondidos, y los secretos de los misterios, para que sepas que yo soy Dios, que llamo tu nombre, Dios de Israel (Isaías XLV, 2, 3). Que escuche el sabeliano, Dios dice, a Dios dice. Por tanto, son dos; quien dice, y a quien dice. Que escuche también el arriano: Yo soy Dios, y no hay otro fuera de mí (Ibid., 5). Hace tiempo que lucho contra estas dos herejías, y casi estoy fatigado. Ven, Señor mío, Jesús, guerrero fortísimo, príncipe del ejército del Señor que venciste al diablo y al mundo, Toma las armas y el escudo, y levántate en mi ayuda (Salmo XXXIV, 2). Al salir a la batalla, y vencer en el mundo al mundo, oró; no como impotente de virtud, siendo omnipotente; sino para mostrarnos, por lo que vino, el magisterio de la humildad. ¿Y qué dijo? Padre, glorifica a tu Hijo (Juan XVII, 1). Ahora el maldito arriano dice, ¿Ves que es menor, y no tendría gloria si no la pidiera al Padre? Espera, hombre, ¿por qué te apresuras? Tú ves al hombre, en cuya forma no solo es menor que el Padre, sino también que los ángeles (Salmo VIII, 6): el hombre aparece, Dios se oculta. Tú me muestras al hombre humilde: abre los ojos, y ve a Dios sublime, no menor que los ángeles, sino igual al Padre. Padre, dice, glorifica a tu Hijo: he aquí al menor. Aún sigue, Para que también tu Hijo te glorifique (Juan XVII, 1): he aquí al igual. Encontramos al Hijo reconociendo al Padre, y orando, unido a él, no como se pensaba ingrato. Veamos qué dice el Padre del Hijo. Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano (son palabras del Evangelio), y los llevó a un monte alto aparte, y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestiduras se hicieron blancas como la nieve. Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él (Mateo XVII, 1-3). Moisés y Elías, la Ley y los Profetas; hablaban con él, porque habían hablado de él; mostraban a quien habían predicho, manifestaban a quien habían profetizado. Hablaban: ¿piensas, qué hablaban? Para que los judíos fueran

convencidos, los paganos convertidos, los maniqueos confundidos, los herejes reprimidos, los católicos confirmados. Hablaban la ley y la gracia, la aspereza y la suavidad, el terror y la mansedumbre, el precepto y la ayuda, el instrumento y el médico, la sombra y la luz, el heraldo y el juez, la sentencia y la misericordia. ¿Y qué después de esto? Respondiendo Pedro, dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros estar aquí; si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías (Mateo XVII, 4). ¿Qué dices, santo Pedro? El mundo está en parto, y tú pides secreto? ¿Ves, pues, tantas gentes reunidas en uno, y tú buscas descanso? ¿Ves las tinieblas del mundo, y tú escondes la luz? Nadie enciende una lámpara y la pone debajo de un celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa (Id. V. 15). Esta casa es todo el mundo: el encendido de la lámpara es la encarnación del Verbo: el candelero, el madero de la cruz: la lámpara en el candelero brillando, Cristo en la cruz colgando. Nadie enciende una lámpara y la pone debajo de un celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Tú viste, veamos también nosotros. Son tinieblas, no tropecemos en los paganos, no erremos en los herejes: que nos alumbre la lámpara, que nos enseñe el Verbo en carne. Veamos qué dice el Evangelista, veamos si se admitió el consejo de Pedro: Aún, dice, mientras él hablaba, he aquí una nube luminosa los cubrió. Y he aquí una voz desde la nube diciendo (Id. XVII, 5). Todos escuchemos, nadie cierre los oídos. Escuchen los paganos burladores, escuchen los judíos perseguidores, escuchen los maniqueos soñadores de fantasmas, escuchen los herejes litigantes erróneos; escuchen, y sobre todo escuchen también los católicos, fieles adoradores de Dios. Estos escuchen para ser instruidos, aquellos para ser corregidos: o estos escuchen para no ser seducidos, aquellos para ser castigados. ¿Qué dice la voz desde la nube? Este es mi Hijo amado en quien me he complacido (Ibid., y III, 17). ¿Dónde están ustedes que se oponen al Hijo de Dios? El Padre dice, Este es mi Hijo: y tú dices, Dios no tiene Hijo. Tú pagano, ¿por qué estás afuera y murmuras? Entra aquí en la escuela de Dios, abre los oídos de tu corazón, escucha la voz del Señor, y aprende del Hijo de Dios. ¿Qué harán, judíos, que mataron al Hijo de Dios? ¿A dónde huirán, dónde se esconderán? ¿Qué montañas, qué piedras caerán sobre ustedes? Y si se esconden en las cavernas de las rocas, de allí los sacaré, dice el Señor (Jeremías XLIX, 16). Pero también ustedes vengan, entren, escuchen mi consejo, no desesperen: porque hay un futuro para el hombre pacífico (Salmo XXXVI, 37). Han sido feroces, han matado, han derramado la sangre de Cristo, están en peligro, han sido incrédulos al Hijo de Dios. ¿Qué deben hacer ahora, sino creer, ser bautizados, y beber la sangre que derramaron? No hay de qué temer: la sangre del médico fue derramada, y se hizo medicina para el frenético. ¿Por qué dudan? Gusten, y vean que el Señor es bueno (Salmo XXXIII, 9). ¿Qué, tú maniqueo, cuánto tiempo soñarás fantasmas? Despierta, y ve; las nubes truenan. ¿Qué truenan? Este es mi Hijo amado (Mateo III, 17; XVII, 5). Ve en la tierra al hombre verdadero, escucha desde el cielo al Dios verdadero: ve en la tierra al hijo del hombre, escucha desde el cielo que es Hijo de Dios. Reconoce que ambos son verdaderos, es decir, Dios y hombre, Hijo de Dios e hijo del hombre uno y el mismo ser Dios y hombre. Reconoce al hombre, y aplacarás a Dios. Cuida de no tropezar en la piedra, y sufrir la ruina de la muerte: porque lo que tú sueñas, es vanidad; lo que Dios truena, es verdad. Escucha, tú sabeliano, escucha desde el cielo al Padre, ve en la tierra al Hijo, y no digas, Es el mismo Padre que el Hijo. Escucha, y tú arriano, y en el Padre y en el Hijo no yerres, sino sigue la unidad, y ve la divinidad. Señor, escuchemos qué dices de tu Hijo: Este es, dice, mi Hijo. Ve en la tierra al hijo del hombre, escucha desde el cielo que es Hijo de Dios. Mi amado en quien me he complacido. ¿Y qué? A él escuchen. Gracias a Dios. Ha tronado el mandato de Dios, y se ha removido el consejo de Pedro. Gracias a ti, Dios de las Virtudes; gracias a ti, Dios Padre, que has mostrado a tu Hijo, y me has dado un maestro. Que se retire el sabeliano, que se retire el arriano, que se retiren las demás pestes, que se retire toda doctrina inicua. Que enseñe Dios, no Arrio: que enseñe el Hijo de Dios, no el adversario del Hijo. Di, Señor mío

Jesús, enseña, aprenderé lo que enseñaré. El sabeliano dice, Es el mismo Padre que el Hijo. El arriano dice, Otro es el Padre, otro el Hijo; el Padre mayor, el Hijo menor. Se opone, clama, litiga, lucha, congrega turbas, combate contra Cristo. Aquel derramó sangre, para redimir; este esparce dinero, para destruir. Fabrica una cueva, allí asfixia al católico, llama pagano al cristiano, al bautizado le impone el Bautismo, contra lo que está escrito, Quien está lavado una vez, no necesita ser lavado de nuevo (Juan XIII, 10). Clama el hombre, Soy cristiano: ¿por qué me dices que soy lo que no soy? Clama, Soy fiel: y él dice, Toma de mí dinero. Clama, Soy redimido: y él dice, Toma de mí oro. ¿Qué das, o qué quitas? Das dinero, para quitar la gracia: das dinero, para quitar la vida: das precio, para quitar lo que fui comprado. ¿Qué compras del comprado? Mi precio, no es oro, sino la sangre de Cristo: no me seduces, no me engañas; por mucho que me ofrezcas, no me quitas mi precio. Tu dinero perezca contigo (Hechos VIII, 20): pues mi precio no tiene precio. Clama el hombre: Soy fiel, y tú soplas. Clama, En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo fui bautizado, y soplas. ¿Qué, pues, reservas al cristiano, en quien soplas al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo? ¿O acaso trajiste una nueva fe, un nuevo bautismo, un nuevo dios de las partes de ultramar? Di, mi maestro santo Pablo, enseña, experto en el derecho divino, amigo del esposo: este hombre acaba de llegar, subvirtió el mundo, y divide la unidad de la fe, divide la Trinidad, no consintiendo rebautizar se esfuerza; ¿qué hago? En el mismo Jesús por el Evangelio me engendraste (I Cor. IV, 15), en Cristo fui bautizado. ¿O acaso hay otro bautismo u otra fe? Lejos de ello, dices: Una fe, un Bautismo, un Dios y Padre de todos (Efesios IV, 5, 6). Si, por tanto, hay una fe, más bien porque hay una fe, un Bautismo, un Dios y Padre de todos: ya creí, ya fui bautizado, ya tengo a Dios como Padre: ¿por qué sufro al homicida arriano? Ayúdame, Señor mío Jesús, y ciñe tu espada alrededor de tu muslo, poderosísimo (Salmo XLIV, 4). Poderosísimo de todos, sal, mátalos en sí mismos, para que vivan en ti, dejen de perseguirme. Los sabelianos te sustraen, los arrianos te disminuyen: ¿qué dices de ti? El Padre dijo que te escuchemos: cuando te escuchamos, lo escuchamos a él: de un golpe hiere a ambos adversarios. Perecen, dice, los vaniloquentes, y los seductores de la mente, el arriano y el sabeliano: pues Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). No dijo, Yo y el Padre soy uno; sino, Yo y el Padre somos uno. Lo que digo, uno, que lo escuche el arriano: lo que digo, somos, que lo escuche el sabeliano. No divida el arriano, uno: no borre el sabeliano, somos: sino que ambos vengan, y sean también ellos en nosotros uno, así como yo y el Padre somos uno (Id. XVII, 11). Por tanto, si el Padre y el Hijo son uno, más bien porque indudablemente son uno, no dos dioses, sino un Dios: no escribió algo mimético el profeta, sino que dijo la verdad, diciendo el Señor, Antes de mí no fue formado Dios, y después de mí no será (Isaías XLIII, 10). La verdad enseñó la verdad, y con espada de doble filo eliminó todo error. Si aún los herejes se resisten, que los católicos escuchen la sentencia definitiva, que sigan.

CAPÍTULO VIII.

10. Conclusión. Habéis escuchado lo que el Padre ha dicho del Hijo, habéis escuchado lo que el Hijo ha dicho del Padre o de sí mismo. Si alguien os evangeliza más allá de lo que habéis recibido, sea anatema (Gálatas 1, 8). Hemos hablado del Padre y del Hijo lo que hemos podido, y cuanto hemos podido, si es que hemos podido algo dignamente. Del Espíritu Santo hemos guardado silencio, pero no lo hemos separado; pues todo lo que hemos dicho del Padre y del Hijo, también lo hemos dicho del Espíritu Santo. Porque Él está en ellos y con ellos, igual y uno, no menor, ni un tercer dios. ¿Qué más puedo decir a los fatigados estando yo también fatigado? Quien separa al Espíritu Santo del Padre y del Hijo en eternidad y sustancia o comunión, y quien niega que el Espíritu Santo no es del Padre y del Hijo, está lleno de espíritu impuro, vacío del Espíritu Santo. Por eso Dios es llamado caridad (1 Juan 4,

8), porque no divide la unidad en partes, sino que inefablemente une la Trinidad. Ella es la Trinidad, un solo Dios, torre de fortaleza ante el enemigo (Salmo 60, 4), que guarda a los que creen en Él por los siglos de los siglos. Amén.